APENDICES

Quiero terminar este pequeño libro con el magnífico párrafo que el Venerable Padre Fray Luis de Granada escribe sobre la muerte del justo, ya continuación unas poesías de Santa Teresa de Jesús, de San Juan de la Cruz, de la Madre Gregoria Francisca de Santa Teresa y del Padre Florencio del Niño Jesús, para que nos digan ellos, almas espirituales y poetas, sus sentimientos sobre la muerte.

Agrego a las hermosísimas poesías, que tan vehementemente cantan el deseo de morir para ir a Dios, otras de autores distintos. en las cuales se ensalza la belleza de la muerte; pero como los autores no tienen vida tan llena de espíritu, no sube su entusiasmo ni su mérito a la altura de las primeras. y otra en que se muestra la tristeza de quien desea la muerte que no lleva a Dios.

I

MUERTE PRECIOSA DEL JUSTO

GUIA DE PECADORES, por *Fr. Luis de Granada,* de la Orden de Santo Domingo, -Libro I, Parte II, Cap. XXVII, Pár, I, (1504-1588,)

Más... la muerte de los justos, ¡cuán ajena está de todos estos males! Porque así como el malo recibe aquí el castigo de sus maldades, así el bueno el galard6n de sus merecimientos, según aquello del *Eclesiástico,* que dice : *Al que teme a Dios irá bien en sus postrimerías, y en la hora de la muerte será bendito,'* esto es, será enriquecido y galardonado por sus trabajos, y esto es lo que más claramente significó el evangelista San Juan en el *Apocalipsis,* El cual dice que *oyó una voz del cielo que le dijo que escribiese,* y las palabras que le mand6 escribir eran éstas: *¡Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor! Porque luego les dice el Espíritu Santo que descansen ya de sus trabajos, porque sus obras buenas van en seguimiento de ellos.* Pues el justo que esta palabra tiene de Dios, ¿cómo desmayará en esta hora, viendo que va a recibir lo que procuró toda la vida ? Pues por esto se escribe en el *Libro de Job,* ha-

blando del justo, que *a la hora de la tarde le saldrá el resplandor del mediodía,* y *cuando le pareciese que estaba consumido, resplandecerá como lucero.* Sobre las cuales palabras dice San Gregorio: «Que por esto amanece este resplandor al justo en la hora de la tarde, porque a la hora de la muerte reconoce la claridad y gloria que le está aparejada, y así, en el tiempo que los otros se entristecen y desmayan, está él en Dios consolado y confiado. Así lo testifica Salomón en sus *Proverbios,* diciendo: *Por su malicia será desechado el malo; mas el justo, a la hora de su muerte, estará confiado.*

Si no, dime: ¿ Qué mayor confianza que la que el bienaventurado San Martín tenía a la hora de su muerte? El cual, viendo ante sí al demonio, dijo estas palabras: «Qué haces aquí, bestia sangrienta ? No hallarás en mí cosa muerta en que te puedas cebar, y por esto el seno de Abraham me recibirá en paz." ¿Qué mayor confianza, otrosí, que la que en este mismo paso tenía nuestro Padre Santo Domingo? El cual, viendo a sus frailes llorar por su partida y por la falta que les hacía, los consoló y esforzó, diciendo: « No os desconsoléis, hijos míos, porque en el lugar donde voy os seré más provecho». Pues ¿cómo podía en aquel trance desconsolarse ni temer la muerte quien tenía la gloria por tan suya, que no sólo esperaba alcanzarla para sí, sino también para sus hijos? Pues por esta causa los justos no tienen por qué temer la muerte; antes mueren alabando y dando gra-

cia a Dios por su acabamiento, pues en él acaban sus trabajos y comienza su felicidad. y así dice San Agustín sobre la *Epístola* de San Juan: «El que desea ser desatado y verse con Cristo, no se ha de decir de él que muere con paciencia, sino que vive con paciencia y muere con alegría.» Así que el justo no tiene por qué entristecerse ni temer a la muerte; antes, con mucha razón se dice de él que muere cantando como cisne dando gloria a Dios por su llamamiento

No teme la muerte, porque temió a Dios, y quien a este Señor teme, no tiene más que temer. No teme la muerte, porque temió la vida ; porque los temores de la muerte efecto son de mala vida. No teme la muerte, porque la vida gastó en aprender a morir y en aparejarse para morir; y el hombre bien a percibido no tiene por qué temer a su enemigo. No teme la muerte, porque ninguna otra cosa hizo en la vida sino buscar ayudadores y buenas obras. No teme la muerte, porque tiene al Juez granjeado y propicio con muchos servicios que le ha hecho. Finalmente, no teme la muerte, porque al justo la muerte no es muerte, sino sueño; no es muerte, sino mudanza; no muerte, sino último día de trabajos; no muerte, sino camino para la vida y escalón para la inmortalidad; porque entiende que después que la muerte pasó por el minero de la Vida, perdió los resabios que tenía de muerte y cobró dulzura de vida.

«Ni tampoco desmaya por todos los otros accidentes y compañeros de este paso. Porque sabe que

estos son dolores de parto con que nace para la eternidad, por cuyo amor tuvo siempre la muerte en deseo y la vida en paciencia. No desmaya con la memoria de los pecados, porque tiene a Cristo por Redentor, a quien siempre agradó; no por rigor del Juicio divino, porque le tiene por abogado; no por la presencia de los demonios, porque le tiene por Capitán; no por el horror de la sepultura, porque sabe que allí *siembra el cuerpo animal para que después nazca espiritual.* Pues al fin se canta la gloria, y el postrer día, como dice muy bien Séneca, juzga de todos los otros días, y da sentencias sobre toda la vida pasada, porque él es el que justifica o condena todos los pasos de ella, y tan pacífico y quieto es el fin de los buenos y tan congojoso y peligroso el de los malos. ¿Qué más era menester que esta sola diferencia, para escupir la mala vida y abrazar la buena? ¿Qué montan todos los placeres, toda la prosperidad, y todas las riquezas. y todos los regalos y señoríos del mundo, si en el fin vengo a ser despeñado en el infierno? ¿Y qué me pueden dañar todas las miserias de esta vida, acabando en paz y tranquilidad y llevando prendas de la gloria advenidera? Sea el malo cuan sabio quisiere en saber vivir, ¿para qué presta este saber, sino para saber adquirir cosas con que te hagas más soberbio, más vano, más regalado, más poderoso para el mal, más inhábil para el bien, y para que te sea tanto más amarga la muerte cuanto era más dulce la vida?

Si hay eso en la tierra, no hay otro mayor que saber ordenar convenientemente los medios para su fin. Por donde si es sabio médico el que sabe ordenar la medicina para la salud, que es el fin de esa medicina, aquél será perfecto y absolutamente sabio que supiera ordenar su vida para la muerte; esto es, para la cuenta que se ha de dar en ella, a la cual se debe ordenar toda la vida.

II

VIVO SIN VIVIR EN MI

(Santa Teresa de Jesús, C. D. 1515-1582.)

Vivo sin vivir en mi,
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.

Vivo ya fuera de mí,
después que muero de amor;
porque vivo en el Señor,
que me quiso para Sí.
Cuando el corazón le di
puse en él este letrero:
que muero porque no muero.

Esta divina prisión
del amor con que yo vivo

ha hecho a Dios mi cautivo,
y libre mi corazón ;
y causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.

¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!
Esta cárcel, estos hierros
en que el alma está metida.
Sólo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

¡Ay, qué vida tan amarga
do no se goza el Señor¡
Porque si es dulce el amor,
no lo es la esperanza larga;
más pesada que de acero,
quíteme Dios esta carga,
que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque muriendo el vivir
me asegura mi esperanza;
muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
vida, no me seas molesta,
mira que sólo te resta,
para ganarte, perderte ;
venga ya la dulce muerte,
el morir venga muy ligero,
que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba,
que es la vida verdadera,
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva;
muerte, no me seas esquiva;
viva muriendo primero,
que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
a mi Dios, que vive en mí,
si no es el perderte a ti
para merecer ganarte?
Quiero, muriendo, alcanzarte,
pues tanto a mi Amado quiero,
que muero porque no muero.

III

COPLAS DEL ALMA QUE PENA POR VER A DIOS

(San Juan de la Cruz, 1542-1591.)

Vivo sin vivir en mi,
y *de tal manera espero,*
que muero porque no muero.

En mí yo no vivo ya,
y sin Dios vivir no puedo;
pues sin El y sin mí quedo.

Este vivir, ¿qué será?
Mil muertes se me hará,
pues mi misma vida espero
muriendo porque no muero.

Esta vida que yo vivo
es privación de vivir ;
y así es continuo morir
hasta que viva Contigo;
oye, mi Dios, lo que digo,
que esta vida no la quiero;
que muero porque no muero.

Estando ausente de Ti,
¿qué vida puedo tener,
sino muerte padecer,
la mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
pues de suerte persevero,
que muero porque no muero.

El pez que del agua sale,
aun de alivio no carece,
que en la muerte que padece
al fin la muerte le vale.
¿Qué muerte habrá que se
iguale a mi vivir lastimero,
pues si más vivo más muero?

Cuando me pienso aliviar
de verte en el Sacramento,
háceme más sentimiento
el no te poder gozar.
Todo es para más penar,
por no verte como quiero,
y muero porque no muero.

Y si me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
en ver que puedo perderte,
se me dobla mi dolor.
Viviendo en tanto pavor,

y esperando como espero,
muérome porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que peno por verte,
y mi mal es tan entero,
que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
y lamentaré mi vida,
en tanto que detenida
por mis pecados está.
¡Oh mi Dios, ¿cuándo será
cuando yo diga de vero:
Vivo ya, porque no muero?

IV

¡CUAN TRISTE ES, DIOS MIO...!

(Santa Teresa de Jesús.)

¡Cuán triste es, Dios mío,
la vida sin Ti!

Ansiosa de verte
deseo morir.
Carrera muy larga
es la de este suelo,
morada penosa,
muy duro destierro.
Oh Dueño adorado!,
sácame de aquí.
Ansiosa de verte deseo morir.

Lúgubre es la vida,
amarga en extremo;
que no vive el alma
que está de Ti lejos.
¡Oh dulce bien mío,
que soy infeliz!
Ansiosa de verte deseo morir.

¡Oh muerte benigna, Socorre mis penas!
Tus golpes son dulces, que el alma libertan.
¡Qué dicha, oh mi Amado, estar junto a Ti !
Ansiosa de verte
deseo morir.

El amor mundano
apega a esta vida ;
el amor divino
por la otra suspira.
Sin Ti, Dios eterno,
¿quién puede vivir?

Ansiosa de verte
deseo morir.
La vida terrena
es continuo duelo;
vida verdadera
la hay sólo en el cielo.
Permite, Dios mío,
que viva yo allí.
Ansiosa de verte
deseo morir.

¿Quién es el que teme
la muerte del cuerpo,
si con ella logra
un placer inmenso?

Haz, Señor,
que acabe tan larga agonía;
socorre a tu sierva,
que por Ti suspira.
Rompe aquestos hierros
y sea feliz.
Ansiosa de verte
deseo morir.

Que expíe mis yerros,
que es justo padezca ;
que expíe mis yerros,
mis culpas inmensas.

¡Ay!, logren mis lágrimas
te dignes oír,
que ansiosa de
verte deseo morir.

V

SI EL PADECER CON AMOR...

(Santa Teresa de Jesús.)

Si el padecer con amor
puede dar tan gran deleite,
¡qué gozo nos dará el verte!

¿Qué será cuando veamos
a la Eterna Majestad?
Pues de ver Andrés la cruz
se pudo tanto alegrar.

¡Oh, que no puede faltar en el padecer deleite!
¡Qué gozo nos
dará el verte¡

El amor cuando es crecido
no puede estar sin obrar,
ni el fuerte sin pelear
por amor de su Querido.

Con esto le habrá vencido,
y querrá que en todo acierte.
¡Qué gozó nos dará el verte!

Pues todos temen la muerte,
¿cómo te es dulce el morir?
¡Oh, que voy para vivir
en más encumbrada suerte!

¡Oh, mi Dios!, que con tu muerte
al más flaco hiciste fuerte.
¡Qué gozo nos dará el verte!

¡Oh Cruz!, madero precioso,
lleno de gran majestad,
pues siendo de despreciar
tomaste a Dios por esposo.

A Ti vengo muy gozoso,
sin merecer el quererte:
esme muy gran gozo el verte.

VI

EL PAJARILLO

(M. Gregoria Francisca de Santa Teresa, C. D. 1653-1736.)

Celos me da un pajarillo
que remontándose al cielo
tanto en sí mismo se excede
que deja burlado el viento.

Enamorado del sol,
sus plumas bate ligero,
y escalando el aire bajo
toca la región del fuego.

¡Oh, quién imitar pudiera,
juguete hermoso del viento,
de tu natural impulso
el acelerado vuelo¡

Mi amor ansioso te sigue
con impacientes afectos,
que es dura prisión del alma
la cárcel triste del cuerpo.

Del sol más supremo soy
mariposa, en cuyo incendio

deseo abrasarme cuando
sus luces amante bebo.

Avecilla soy en jaula
que al ver del sol los reflejos
son sus gorjeos endechas,
son sus trinados lamentos.

Envidio tu libertad,
y abrasándome tus celos
quisiera ser salamandra
para vivir en su fuego.

Los rayos del sol divino
hieren en mi amante pecho,
siendo halago en la prisión
lo que en la prisión tormento.

Vuela, feliz pajarillo,
cuando yo presa me quedo,
y viendo que al cielo subes
me llevas el alma al cielo.

Por amante y por cautiva
dos veces presa padezco,
¡oh, quién quebrantar pudiera
de las cadenas el hierro!

Oh tú, que con blandas plumas

giras el vago elemento,
sube muy alto si puedes
y serás mi mensajero¡

Darás de mis tristes penas
un amoroso recuerdo
a la Luz inaccesible
del Sol de justicia eterno.

Dile que sus resplandores
me tienen de amor muriendo,
porque a la luz de mi fe
descubro sus rayos bellos...

Dile que de mí se duela,
que rompa el vital aliento,
que desate las prisiones de
tan dilatado tiempo.

Que el mirarme por resquicios
es del amor más tormento,
pues al herirme sus rayos
más me abrasa y más me quemo.

Pajarillo, si de mi amor
has gustado los efectos,
lastímate de mis ansias,
duélete de mis tormentos.
Mi libertad solicita

con mi dulce Amante dueño,
y de tus alas me presta
plumas que vuelen al cielo.

Salga de esta dura cárcel,
de este largo cautiverio,
donde triste gimo y lloro
mi prolongado destierro.

Donde advirtiendo tus dichas
tan infeliz me contemplo,
cuanto es mi amor impaciente
y más divino mi objeto.

VII

LA ZAGALEJA

(De la misma autora.)

Cuando alegre el alba ríe,
una amante zagaleja
llora en aquel arrabal
y tiernamente se queja.

Suspiros exhala ardientes
entre amorosas endechas,
que penetrando los cielos,
enternecen las estrellas.

Por las fuentes de sus ojos
aquestos ecos resuenan:

¡Ay de mí!, que mi destierro
se dilata y atormenta.
juzgando imposible el bien
de gozar mi amada prenda.

Al gusto toda insensible
sólo me asientan tristezas,
soledades me acompañan
y lágrimas me alimentan.

En Babilonia cautiva,
lloro con lágrimas tiernas
la ausencia de mi querido
y de mi patria la ausencia.

¡Oh Dios mío! ¡Oh gloria mía!
Vea este rostro, vea
esta alma que os adora
la alegría sempiterna.

Mis gemidos amorosos
a vuestros oídos sean aceptos;
mirad, Amado,
que desfallecen las fuerzas.

Aquí, exhalando un suspiro
con abundancia de perlas,

siendo dogal el dolor,
rindo el aliento a la pena.

Reclinada sobre un tronco
y cesando las querellas,
en un silencio hablador
al mar de amor dio las velas.

VIII

SUSPIROS POR VER A DIOS (1)

(Anónimo, siglo XVI.)

Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno;
véante mis ojos,
muérame yo luego.

Vea quien quisiera
rosas y jazmines,
que si yo te viere
veré mil jardines.

Flor de Serafines,
Jesús Nazareno,
véante mis ojos,
muérame yo luego.

Veóme cautivo
sin tal compañía;
muerte es la que vivo
sin Vos, Vida mía.
¿Cuándo será el día
que alcéis mi destierro?
Véante mis ojos,
muérame yo luego.

No quiero contento,
mi Jesús ausente;
que todo es tormento
a quien esto siente.
Sólo me sustente
tu amor y deseo.
Véante mis ojos,
muérame yo luego.

Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno.
Véante mis ojos,
muérame yo luego.

(1) El autor, desconocido, de esta poesía canta el ardiente deseo de ir a ver a Dios y codicia la muerte para conseguir tanta dicha. La Hermana Isabel, en una recreación del mes de noviembre de 1571, la cantó delante de Santa Teresa de Jesús, y acrecentó tanto las ansias de morir que Santa Teresa ya sentía, que produjo en ella los efectos que narra en *Las Moradas,* VI, cap. XI, y en *La Relación* XV, poniéndola a las puertas de la muerte, en éxtasis, en que perdió los sentidos y la dejó embebida en esta verdad y deseo por varios días.

IX

A LA MUERTE

(Francisco de Quevedo, 1580-1645.)

Ya formidable y espantoso suena
dentro del corazón el postrer día,
y la última hora, negra y fría,
se acerca de temor y sombras llena.

Si agradable descanso, paz serena,
la muerte en traje de dolor envía,
señas da su desdén de cortesía :
más tiene de caricia que de pena.

¿Qué pretende el temor desacordado
de la que a rescatar piadosa viene
Espíritu en miserias añudado?

Llegue rogada, pues mi bien previene;
hálleme agradecido, no asustado;
mi vida acabe y mi vivir ordene.

X

DULCE ES MORIR

(Mercedes Marín del Solar, chilena, 1804-1866.)

Dulce es morir cuando en la edad primera,
Con la aureola feliz de la inocencia,
Parece del Señor en la presencia
El alma juvenil.

Como cándida flor de la pradera,
Que para ornar al templo soberano
Separó diestra, cuidadosa mano,
De su tallo gentil.

Dulce es morir cuando una fe sublime
Al hombre le revela su destino,
y de flores y palmas el camino
Le siembra la cruz.

Y al débil ser que en este mundo gime
Agobiado de penas y dolores,
Transforma de la muerte los horrores
En apacible luz.

Dulce es morir cuando, en la edad temprana,
El alma, como cándida paloma,
Vuela desde los montes de la aroma,
En pos del Serafín;

Diáfana exhalación, que en la mañana,
Matizada con tinte de oro y rosa,
Se disuelve brillante y pudorosa
Del cielo en el confín.

XI

A LA MUERTE

(Federico Balart, 1831-1905.)

Yo te saludo, oh muerte redentora,
Y en tu esperanza mi dolor mitigo,
Obra de Dios perfecta ; no castigo,
Sino don de su mano bienhechora.

¡Oh de un día mejor, celeste aurora.
Que al alma ofreces perdurable abrigo,
Yo tu rayo benéfico bendigo,
Y lo aguardo impaciente de hora en hora!

¡Ante las plagas del linaje humano,
Cuando toda virtud se rinde inerte,
Cuando todo rencor fermenta insano,

Cuando al débil oprime inicuo el fuerte,
Horroriza pensar, Dios soberano,
Lo que fuera la vida sin la muerte¡

XII

¡DESESPERACION!

(Julia Montes de Oca, cubana. muerta 1875.)
(Pesimista sin la fe.)

Tengo partida el alma en mil pedazos;
Estoy cansada ya de suspirar,
y de mi llanto la abundosa fuente,
De tanto que ha llorado, seca está.

No puedo revolver en mi memoria
Sino recuerdos que destilan hiel;
Que yo en el corazón de los humanos
Solamente perfidias encontré.

¡Oh, qué terrible padecer, Dios justo!
De mi estéril jornada, acerca el fin;
Porque para vivir sin esperanza,
Sueño de eterna paz quiero dormir.

El astro de mis dulces ilusiones
En ocaso profundo se ocultó;
Y está mi mente envuelta en tinieblas
Que cubren este valle de dolor.

¡Oh tiempo, tiempo amargo de la vida!
¡Qué lento te deslizas para mí !
No me dejes beber más desengaños .
¡Corre veloz, que es hora de morir!

XIII

LLAMADA DE DIOS AL ALMA

(Fr. Florencio del Niño Jesús, C. D., 1877-1939.)
(Del *Castillo de Almabuena,* pár. XLV.)

Dijo la voz del Amado
desde el célico vergel:
«Levántate, Esposa mía,
ven del Líbano otra vez;
vuelve, que ya el Carmelo
todo vuelve a florecer.

Levántate, que es de día;
levántate luego, y ven,
que en el Carmen de la
gloria los tus ojos quieren ver.

¿No ves la luz de la aurora
al ruiseñor del Edén?
¡Es el heraldo que anuncia
el eterno amanecer!

¿No ves la luz de la aurora
penetrar por el cancel?
¡Es la aurora sin celajes
de perenne rosicler!

¿No ves las nubes doradas
formando bello dosel?
¡Es el dosel de tu gloria,
que yo mismo preparé!

Levántante, Esposa mía,
levántate luego y ven
hacia mí, Sol de las almas
do eternamente has de arder.)

XIV

ANSIAS DE VIDA

(P. Justo Pérez de Urbel, 1895. Del libro "In terra pax».)

¡Oh muerte, muerte amable y redentora!
Quien espantosa te pintó y airada,
con el ceño feroz en la mirada
y en las manos el arma segadora,

no entiende de la vida; si una hora
sintiera del dolor la aguda espada,
te pintara cual bella desposada
que sonreía gentil, fascinadora.

Eres para mí recuerdo hermoso,
rayito de esperanza y de consuelo

en mi sendero triste y tenebroso.
Eso eres para mí, muerte querida ;
por eso yo te aguardo con anhelo,
porque eres principio de la vida.

L.D.V. M.

INDICE

Dedicatoria 3

Lector 5

CAPITULO I 7
Placidez y Esperanza de la Muerte de Sócrates
CAPITULO II 12
La muerte es arco triunfal para el cielo
CAPITULO III 16
La humana naturaleza desea la vida y rechaza la muerte
CAPITULO IV 20
Ciencia de las cosas en Dios
CAPITULO V 24
¿Por qué teme más la muerte el bueno que el malo?
CAPITULO VI 29
La muerte, mensaje de alegría
CAPITULO VII 33
Ansias de la vida perfecta
CAPITULO VIII 39
San Pablo, y con el las almas santas, deseaban y pedian la muerte
CAPITULO IX 51
La muerte es tránsito para entrar en la felicidad eterna

CAPITULO XX 56
La esperanza del cielo hace deseabla el momento de ir a Dios
CAPITULO XI 72
Alegría del justo al aproximarse la hora de ir a Dios
CAPITULO XII 89
Gozo del alma en los deseos de volar a Dios
CAPITULO XIII 93
Ansias de ver a Dios en el cielo y gozo de acompañarle en la tierra
CAPITULO XIV 105
Dios, en la oración, comunica su luz
CAPITULO XV 115
El mayor bien propio que el alma puede dar a Dios es el ofrecimiento de la vida
CAPITULO XVI 131
Porque Dios me amo, me dio el ser
CAPITULO XVII 135
Grandeza y mérito de los sufrimientos; gozo que causan
CAPITULO XVIII 144
Ofrecimiento a Dios de la propia vida y del ser
CAPITULO XIX 149
Por que sintió gozo el alma de Jesucristo en el ofrecimiento de su vida

CAPITULO XX 157
Gozo inmenso del alma de Jesucristo dando a Dios, con el ofrecimiento de su vida, la mayor gloria de la creación
CAPITULO XXI 169
La muerte física es apacible y serena
CAPITULO XXII 177
Mérito y alegría del alma arrepentida en ofrecerse a Dios
CAPITULO XXIII 187
Miedo perjudicial que se tiene a la muerte
CAPITULO XXIV 196
Mérito del alma que, venciendo el temor a la muerte, se ofrece a Dios
CAPITULO XXV 207
Serena alegría en la muerte de los que amaron a Dios
CAPITULO XXVI 223
La Santísima Virgen con su escapulario es alegría en la muerte
CAPITULO XXVII 233
Cuando es bueno desear para sí y para los demás la muerte
CAPITULO XXVIII 245
Inspiraciones y luces de Dios al alma espiritual
CAPITULO XXIX 255
Las noticias de Dios encienden en deseos de verle

CAPITULO XXX 265
La Hermosura y bondad de Dios
acrecienta los deseos de verle
CAPITULO XXXI 276
Alegre ansia del alma por ir a ver a Dios
CAPITULO XXXII 284
Santa Teresa y los santos nos enseñaron
a desear la muerte
CAPITULO XXXIII 295
El instante de la muerte, visión de gloria
CAPITULO XXXIV 304
El alma de amor pide a Dios la muerte
CAPITULO XXXV 309
San Juan de la Cruz describe la dulcísima
muerte de amor de Dios
CAPITULO XXXVI 320
Deliciosas muertes de almas santas
CAPITULO XXXVII 332
Horizontes de luz inextinguible

SUPLICA PIDIENDO A DIOS LA
SALVACION 349

APENDICES 351

INDICE 381